

INMACULADA PERDOMO y JESÚS SÁNCHEZ, *Hacia un nuevo empirismo: la propuesta filosófica de Bas C. Van Fraassen*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2003.

Había un hombre enfermo llamado Empirismo. Era hijo de la Ciencia y padre, a su vez, de la Filosofía de la Ciencia, la misma que ungió con perfume los pies de Bastian y los secó con sus cabellos. Ambas mujeres mandaron decir a Bastian: «Señor, el que tú amas está enfermo». Cuando se enteró de aquella amarga noticia, se trasladó con celeridad al lugar de origen de esta entrañable familia. Al llegar Bastian, el Empirismo llevaba ya unos cuantos años en el sepulcro, y muchos realistas y filósofos naturalistas habían venido para consolar a la honorable Ciencia y a la Filosofía de la Ciencia por semejante pérdida. Cuando esta última supo que Bastian estaba de camino, salió a su encuentro, mientras que la Ciencia permaneció en casa. La Filosofía de la Ciencia, entonces, le dijo a Bastian: «Si hubieras estado aquí, mi padre no habría muerto tras la *revuelta historicista y antifundacionalista*. Con mi amado padre desacreditado, me he visto obligada a prostituirme de la mano de los sociólogos y de los etnógrafos de la ciencia; con ello he perdido mi virtud y me he visto disuelta en redes de intereses y externalidades varias y banales; en Edimburgo me ultrajaron, a pesar de que algunos, no muy lejos de allí, me quisieron redimir con un baño epistémico naturalista». Al ver Bastian el llanto de la Filosofía de la Ciencia, se conmovió hasta el alma, y dijo: «Tu padre resucitará». Dicho esto, preguntó: «¿Dónde lo han puesto?». Le contestaron: «Señor, ven a ver». Y Bastian lloró, pues no pudo contener su tristeza. Conmovido, se acercó al sepulcro, que era una cueva tapada con una piedra. Bastian ordenó: «Saquen la piedra». La hija, a su vez, le dijo: «Señor, desprende mal olor, pues hace algunos años que oficialmente lo hemos dado por muerto». Pero Bastian gritó muy fuerte: «¡Empirismo, levántate y anda!». Y salió el muerto. Tenía las manos y los pies vendados, y la cabeza cubierta con un velo. Los fi-

lósofos naturalistas allí congregaron dijeron, estupefactos: «¿Lo despojamos de esos andrajos, para que todo vuelva a ser como antes?». «No —dijo Bastian— estamos ante un Nuevo Empirismo. Dejémosle que así sea».

En efecto, este *empirismo renovado* es la propuesta que los profesores Inmaculada Perdomo y Jesús Sánchez nos anuncian en esta novedad editorial que presentamos, dedicado principalmente al análisis de la obra filosófica de Bas C. Van Fraassen, un distinguido filósofo de la ciencia que en el contexto hispano, por desconocimiento¹, no goza aún de la suficiente relevancia. Precisamente este libro va encaminado a solventar esta deficiencia. Esta nueva versión del empirismo, anatema del realismo, es conocida como *Empirismo Constructivista*: ‘constructivista’ en la medida en que considera la actividad científica más como un proceso de construcción de modelos que intentan dar cuenta de la variedad fenoménica (hasta cierto punto, el *revival* del *Timeo* platónico) que como un proceso de descubrimiento de verdades científicas; de este modo, la teoría deja de ser susceptible de verdad o falsedad, como antaño se suponía, sino tan sólo de mayor o menor «adecuación empírica»².

Ahora bien, el empirismo que subyace no es el mero empirismo ingenuo de lo directamente observable por vía sensorial. Esto trae como con-

¹ De hecho, a nuestro idioma sólo se han traducido dos de las obras de VAN FRAASSEN: su *Introducción a la Filosofía del Tiempo y del Espacio* (1970), editada por Labor en 1978, y *La imagen científica* (1980), Paidós, 1996, su primera gran obra dedicada específicamente a la reflexión en torno a la Filosofía de la Ciencia. En el mismo año y en la misma editorial aparecía publicado el clásico de I. HACKING (1983): *Representar e intervenir*, que se planteó en principio como una discusión abierta, entre otros, con Van Fraassen. El vacío editorial existente es, pues, bastante evidente. Afortunadamente, el libro que presentamos integra un repertorio bibliográfico primario de considerables proporciones, que incluye documentos inéditos cortesía del propio autor.

² No obstante, el científico debe interpretar literalmente una teoría, es decir, asumir una especie de «principio de caridad» que conceda creer en aquello que la teoría afirma *como si existiese realmente*.



secuencia otro de los puntos fuertes de la propuesta filosófica de Van Fraassen, como es el abandono de la clásica distinción entre teórico y observacional, reemplazándola por otra —quizá más adecuada— entre lo que es observable y lo que no lo es: así, «observable» pasa a ser ahora todo aquello que sea accesible a nuestra estructura físico-biológica *según la ciencia vigente*. Este corolario implica que la base empírica no está constituida únicamente por la observación y la experiencia ordinarias, sino que ésta se determina mediante una especial combinación de teorías, instrumentos técnicos y datos experimentales. Indudablemente, esta nueva noción de lo observable, esta nueva concepción del sustrato empírico, asume el complejo tecnológico como parte integrante de la reflexión sobre la ciencia. Por lo tanto, si la filosofía es «interpretación-de», una propuesta filosófica que tenga a la ciencia como objeto primario de reflexión no puede volver a esquemas caducos de un científico solitario frente a una entelequia legaliforme dispuesta a ser desentrañada; antes bien, la praxis científica se revela, en cierto sentido, como un ejercicio hermenéutico, en la medida en que se asume de partida dos de los supuestos que contribuyeron a la caída del Sacro Imperio Positivista: a) la infradeterminación empírica de toda teoría; y b) el condicionamiento teórico de toda descripción.

De este modo, la elección de un marco interpretativo concreto por parte de una comunidad epistémica determinada —que en absoluto tiene nada que ver con una suerte de *comunidad ideal de explicación/predicción*— y el consecuente rechazo de otros modelos comporta, en primer lugar, un compromiso, una (s)elección implícita de ciertos parámetros como relevantes, que nos sitúa en un estado de *riesgo empírico*, puesto que partimos de la base de que otros modelos alternativos puedan resultar igualmente plausibles e incluso que, más allá de nuestros gustos, intereses y valores, de ellos se obtenga un mayor rendimiento tecnológico. Precisamente en este punto esta propuesta empirista hace su incursión en el dominio de la pragmática, cuyas virtudes «no hacen que una teoría sea más verdadera, sólo preferible» (cf. p. 165).

Un mérito indiscutible de este libro es que no presenta este nuevo estilo como una *creatio ex nihilo*: en el primer capítulo los autores analizan el tránsito a la Nueva Filosofía de la Ciencia después de consumarse lo que denominan «la tragedia de la Concepción Heredada»: esta *received view* suele presentarse como «[...] una compleja elaboración teórica, completamente articulada y, en apariencia, sin fisuras. Además, [...] su rápido desarrollo impulsó el establecimiento de la Filosofía de la Ciencia como disciplina autónoma [...] Pero, al mismo tiempo, en esos logros se encuentra el germen de los problemas que conducirían a su crisis» (cf. pp. 30-31); mas el enfrentamiento definitivo «no fue desde otra concepción unitaria alternativa, sino desde muchos puntos diferentes que dieron lugar a propuestas distintas» (cf. p. 33). Seguidamente proceden a detallar las principales características propias de la Concepción Semántica, grupo en el que el autor de referencia es uno de sus más destacados representantes, y cuyos orígenes remontan a los años 40 del pasado siglo, vinculado con el análisis de la estructura lógica de la Mecánica Cuántica, aunque en sus inicios el dominio la Concepción Heredada los marginaba a la resolución de problemas concretos; el salto cualitativo se da a partir de los años 70, cuando Van Fraassen diseña una nueva estrategia, basada en estos estudios, que se erige en el *leit motiv* de su obra capital de 1980, en clara discusión con los argumentos realistas en general y con las tesis defendidas por los empiristas lógicos. En el tercer capítulo del libro se analiza y expone críticamente el debate acerca de los realismos, con los que el Empirismo *à la* Van Fraassen dialoga críticamente; incluso en sus versiones más modestas, los diferentes realismos «siguen manteniendo un compromiso básico, explicar los fenómenos de la naturaleza supone postular entidades que están ‘tras la escena’» (cf. p. 68); dicho empirismo renovado sirve de guía, en el capítulo siguiente, en la cruzada contra los tópicos y alianzas metafísicos de los realismos, otro nuevo *revival*, aunque esta vez de la polémica sobre los universales sostenida por los realistas y nominalistas en el siglo XIV.

En el capítulo quinto, por su parte, los autores muestran su compromiso con una visión

de la actividad científica como empresa no sólo interpretativa sino, además, interventora, que «la acerca en gran medida a las actividades artísticas, sujetas a interpretación y construidas desde la interpretación» (cf. p. 148). Seguidamente, los autores proceden a reseñar los criterios para la aceptación de teorías que, en el caso de Van Fraassen, «implica creer que sólo es verdadera respecto a lo observable, [...] aunque, al tiempo, la aceptación implica un compromiso con un programa de investigación y el proceso de continua construcción de modelos que opten a la representación adecuada de los fenómenos» (cf. pp. 170-171): aceptar una teoría deviene en una suerte de tecnocracia, pues nos sometemos a su condición de «guía experto» en la investigación. En el séptimo y último de los capítulos, se defiende que esta interpretación filosófica es más consecuente con la práctica real, como muestra los diversos puntos de encuentro con los actuales enfoques contextualistas en historiografía de la ciencia, que le permite asimismo acometer el estudio de los procesos de cambio científico; por lo tanto, su análisis va más allá del mero estudio del llamado «contexto de justificación». También, y este punto es especialmente remarcable, existe una cierta convergencia de planteamiento con los actuales retos que la crítica feminista plantea en este ámbi-

to, no en vano «[a] través del puente trazado por los trabajos de E. Lloyd, advertimos que el Empirismo Constructivista y el Empirismo Contextual comparten más que casuales puntos de encuentro» (cf. p. 237). En resumidas cuentas, «[a]decuación empírica, investigación en marcha que implica el compromiso con un marco determinado pero que permite, al mismo tiempo, la proliferación teórica, consideración de los modelos como ‘guías expertos’ y defensa de objetivos histórica y contextualmente relativos, puesto que nuestras interpretaciones del mundo son herederas de una cultura e historia, son todos ellos elementos para una Filosofía de la Ciencia empirista, constructivista y contextual» (cf. p. 244).

Si se nos permite seguir jugando con la metáfora bíblica, creo que este libro puede ser el Evangelio que anuncie la Buena Nueva de la reinserción del empirismo, al menos en los círculos académicos de habla hispana. Ahora queda por profundizar en el modo en que estas premisas puedan afectar, entre otras cosas, a la historiografía de la ciencia. Queda abierto, entonces, un nuevo y prometedor *estilo de investigación*, que probablemente fructifique en un futuro no muy lejano.

SAMUEL DOBLE GUTIÉRREZ

